

la impresión que nos produce no hallemos la voz precisa y la palabra perfecta. Es un dolor humano, y basta.

El autor de «Esmeralda» (1) ha hecho imprimir un libro de ciento cincuenta páginas en recuerdo de una hija muerta, y ha dado al libro el nombre de la desaparecida. Infinidad de poemas en prosa y verso, fotografías en colores, esquelas de defunción, notas de pésame, forman el volumen. Y aunque hemos puesto en la lectura casi total de la obra toda nuestra voluntad de informadores, ya que no de críticos, no podemos decir que haya en él una nota bella.

Cierta facilidad de versificación no basta para que un autor sea leído con agrado y con interés. Pedimos algo más; la nota pura, la emoción transparente, la imagen que sugiere, la inquietud de alma que los poetas de verdad dejan siempre en su labor artística. Y nada de esto hay en el libro de Mora Tovar que aquí comentamos.

Pobreza de imaginación, vulgaridad de forma, y un mal gusto decidido para insertar en el libro lo que a nadie puede interesar.

Sólo nuestra obligación de comentar en ATENEA toda obra suramericana llegada a su Dirección nos ha hecho ocupar algunas líneas en esta «Esmeralda» que no es piedra fina.

(1) Roberts, Impresores. Morelia, Méjico, 1931.

MORADAS DE LA PENA ALTIVA.—
Wally Zenner.

En el número de Enero último, y en esta misma Sección de ATENEA, comentábamos el primer libro de Wally Zenner, «Encuentro en el Allá Seguro», y terminábamos así nuestra ligera anotación:

No son comunes entre los escritores suramericanos de la generación última la expresión nítida, la imagen nueva sin ser descabellada, y el estilo correcto que ennoblece la expresión. Estas cualidades innegables, que reúne de manera sorprendente la autora de «Encuentro en el allá Seguro», hacen esperar de su labor páginas que perduren.

«Moradas de la pena Altiva» (1), segunda obra de la autora, no confirma la esperanza que decíamos entonces.

Libro de poemas difíciles, intrincados, indescifrables. a veces, Wally Zenner perdió la «expresión nítida» que era su máxima cualidad. No sabemos si pretendió escribir en verso, o si el corte que hace a su prosa da la apariencia de esa pretensión no conseguida. En todo caso, hay que reconocer que en la escritora argentina no asoma todavía el poeta.

Sin aferrarnos a cánones que ahora molestan, queremos repetir aquí una verdad de siempre: desde hace algunos años, tal vez desde los orígenes del lenguaje, se ha llamado

(1) F. A. Colombo, Impresor. Buenos Aires, 1932.

poeta al que usa el verso como medio de expresión. Y verso es una frase que tiene su medida y su ritmo. . .

Acaso por razones de temperamento tengamos la convicción muy arraigada de que en arte la suprema belleza es la sencillez. Y por eso, estos poemas difíciles de Wally Zenner no logran convencernos. Nos quedamos con su prosa franca, y seguimos esperando de ella lo que la joven escritora no quiso darnos esta vez.

ROMANCERO DE NIÑAS.—*Luis Cané.*

Entre los innumerables poetas que tiene América, acaso ninguno haya sabido encontrar la belleza de las pequeñas cosas y de los minutos fugaces, como Luis Cané.

Su obra entera, —cinco libros tiene ya publicados—le ubica entre los líricos que ríen de las trascendencia y dicen su palabra sonora sin reparar en que hay una posteridad y una gloria luminosa.

No se crea, por lo que decimos, que el autor de «Romancero de Niñas» (1) es un poeta frívolo, incapaz de emocionarse. Su «Balada del amor que no se dijo» y sus dos «Romances de la niña negra» son muestras suficientes de su fino espíritu emocionado.

Copiamos aquí cuatro estrofas para que los lectores de ATENEA aprecien su dominio de la forma, y el claro contenido de su verso:

Toda vestida de blanco,
almidonada y compuesta,

(1) Talleres Gráficos Porter Hnos. Buenos Aires, 1932.

en la puerta de su casa
estaba la niña negra.

Un erguido moño blanco
decoraba su cabeza;
collares de cuentas rojas
al cuello le daban vueltas.

Las otras niñas del barrio
jugaban en la vereda;
las otras niñas del barrio
nunca jugaban con ella.

Toda vestida de blanco,
almidonada y compuesta,
en un silencio sin lágrimas,
lloraba la niña negra.

No es cosa fácil alcanzar esta sencillez expresiva. Poetas hay que bregan toda una vida, y apenas si logran dar una sencillez trabajada, sin transparencia y sin emoción. Luis Cané es de los elegidos.—*P. S.*

LA HUMANIZACIÓN DEL PAISAJE.—
Raúl Lara.

Los dos libros anteriores de este poeta runrunista «S.O.S.» y «El poeta automático», no hacían esperar, en su atormentada locura de imágenes, este libro más humano que nos presenta ahora.

Leyendo «La humanización del paisaje» (1) vemos bien claramente que su obra ya publicada era sólo una postura literaria, sin arraigo en su espíritu, y de fácil abandono. El prólogo, escrito en prosa nítida y evocadora, es ya un augurio de cosechas felices. Dice así:

Pedreguero es un villorrio tendido
a la orilla del mar y a los pies de
unos cerros altos y boscosos. Ais-

(1) Editorial Run-Run. Santiago 1932.